

LIBRO I.—ELEGÍA VIII.

Emilio Baehrens (páginas 27 y 28), ha modificado el texto de esta Elegía, agregándole después del verso 26, los versos 39 y 44 de la Elegía IX.

Non ego celari possim.—Los traductores no han dado á los cuatro primeros versos de esta Elegía su verdadera interpretación. Casi todos han separado, como proposiciones diversas, las que encierran los dos primeros versos, y el tercero y cuarto. Sin duda, el poeta ha querido significar, que á pesar de que no sabe leer la voluntad de los dioses en las entrañas de las víctimas, no se le escapan el sentido que dan los amantes á sus señas, y lo que se dicen en voz muy baja. Para hacer esta idea fácilmente perceptible, he comenzado mi traducción por los versos 3 y 4.

Magico religatum brachia nodo.—La traducción que he hecho de este pasaje, tiene en su apoyo la autoridad de Wunderlich. Estudiando el sentido en que está usado «*religatum*,» dice Wunderlich, «*Hoc igitur loco religatum pro religatum post tergum, ut I, 7, 6, evinctos (post terga) brachis duces. Adde retorquere apud Horat Ep. II, 1, 191.*»

Mox trahitur manibus regum fortuna retortis.

Sen. Thyest, 685.

Post terga iuvenum nobiles revocat manus.

Deus crudelius urit.—El dios que abrasa más cruelmente á los que ve que invictos se someten á su ley, es el Amor. Ligdamo, Libro III, VI, dice:

Ille facit dites animos deus.

Horacio, hablando del Amor en su Epodo XIV, dijo:

Deus, deus nam me vetat.

Tibulo, Elegía V, Libro I, dice:

sed renuente deo,

refiriéndose al Amor.

Este pasaje ha sido, sin duda, imitado por Ovidio, en la Elegía II del Libro I de los Amores; en lugar de designar al Amor como Tibulo le ha dado su nombre, y ha usado *urget* en vez de *urit*.

Acrius invito multoque ferocius urget
Quam qui servitium ferre fatentur, Amor.

Quid tibi nunc molles.—Es de todo punto interesante el cuadro de las costumbres romanas, que traza de mano maestra Tibulo. El refinamiento había lle-

gado á un inconcebible grado de exageración. La variedad de los peinados que usaban hombres y mujeres, era tal, que Ovidio, en el Arte de Amar, dice con razón, que no era posible precisar su número, como tampoco el de las abejas del Hybla, y el de las fieras de los Alpes. Las mujeres daban colores y brillantez á su piel, por medio de preparaciones que Ovidio se encargó de conservarnos, en el Fragmento de sus Cosméticos.

El rostro de las mujeres debía brillar más que su espejo.

Quaecumque afficiet tali medicamine vultum
Fulgebit speculo levior ipsa suo.

Sus mejillas debían colorarse cuando no tenían color propio. Lo dijo Ovidio en el Arte de Amar:

Sanguine quae vero non rubet, arte rubet.

Las uñas también eran objeto de especiales cuidados, que estaban encomendados á los barberos.

Plauto nos lo dice en la escena III del Acto II de su Aulularia.

Quin ipse pridem tonsor ungueis demperat.

Tíbulo llama al barbero «*artifex*,» como lo hizo después Marcial en el Epigrama LII, del Libro VI, epitafio del barbero Pantagato.

Artificis levior non potes esse manu.

Num te Carminibus. . . pallentibus herbis devovit.—Hechizar con conjuros y palabras mágicas y con filtros.

Virgilio ya habla dicho antes que Tibulo:

Carminibus Circe socios mutavit Ulixi.

Cantus vicinis fruges traducit ab agris.—Este hermoso cuadro de los efectos de la magia, que tanto embellecen esta Elegía, fué imitado por Ovidio en Remedia Amoris, 254.

Ovidio dijo:

Non anus infami carmine rumpet humum
Non seges ex aliis alios transibit in agros
Nec subito Phoebi pallidus orbis erit.
Ut solet, aequoreas ibit Tiberinus in undas;
Ut solet, in niveis Luna vehetur equis.

E curru Lunam deducere tentat.—Tíbulo ha hecho referencia en este pasaje, á la creencia popular, que atribuía los eclipses de Luna á obra de encantamiento.

Ovidio imitó, sin duda, á Tibulo, cuando reprodujo el mismo pensamiento, aunque con distinto propósito. Ovidio, en los Cosméticos, se expresó en estos términos:

Et quamvis aliquis Temeseia moverit aera
Nunquam Luna suis excutietur equis.

Sed femori conseruisse femur.—Este pasaje de Tibulo, por extremo expresivo, y que contiene una exacta explicación del amor carnal, ha sido imitado repetidas ocasiones por Ovidio. Á riesgo de cansar la atención del lector acerca de las imitaciones de Ovidio, voy á reproducirlas, porque siempre ofrece gran interés, y es digna de estudio, la influencia que un poeta como Tibulo llegó á ejercer sobre otro gran poeta como Ovidio.

En la Elegía IV del Libro I de los Amores, Ovidio dijo:

Nec femori committe femur, nec crure cohaere.

En la Elegía XIV, Libro III de los Amores, volvió á decir:

Nec femori impositum sustinuisse femur,

y en la Elegía VIII, del propio Libro III, dijo:

Lascivum femori supposuitque femur.

Nec tu difficilis puero tamen esse memento.—He traducido *difficilis*, inflexible ó inexorable, siguiendo á Horacio, quien en la Oda VII, Libro III, dijo á Asterie.

difficilis mane,

y en la Oda X del Libro III, se expresó en estos términos:

Non te Penelopen difficilem procis
Tyrrhenus genuit parens.

Este epíteto lo ha usado en otra ocasión, y en el mismo sentido, Tibulo, en la Elegía V del Libro I:

Ianua difficilis domitu,

y además, lo empleó Ovidio en la Elegía VI del Libro I de los Amores.

Difficilem moto cardine pande forem.

Veridi cortice tincla nucis.—Según el pasaje de Plinio, XV, XXII, citado por casi todos los comentaristas, los romanos se teñían los cabellos empleando las nueces pequeñas, tiernas todavía. Por eso, en lugar de traducir, «la corteza ó cáscara verde de la nuez,» dije «las nueces.» Con efecto, Plinio da la siguiente explicación: «Tinguntur cortice earum lanae, et rufatur capillus primum prodeuntibus nuculis: id comperitum infectis tractatu manibus.» La cáscara ó corteza se empleaba para teñir las lanas, y las nueces pequeñas para los cabellos.

Martinón, «Les Amours d'Ovide,» comete un error cuando, en el Comentario á la Elegía XIV, Libro I de los Amores de Ovidio, dice: que la nuez se usaba para teñir de negro los cabellos.

Pone en olvido Martínón el verbo de que se sirve Plinio. «Ruñor,» significa «enrojecer ó poner rubio.»

El color rubio era, por otra parte, el preferido por las romanas, y á este efecto empleaban, además de las nueces, las yerbas de Germania de que habla Ovidio en el Arte de Amar, Libro III.

Femina canitiem Germanis inficit herbis;

y el color *Belgicus* de que habla Propercio en la Elegía XVIII del Libro II.

Turpis Romano Belgicus ore color.

Sed nimius Luto corpora tinguit Amor.—Lutum, dice Heyne, *est color inter flavum et album.*

Tibulo ha querido expresar, sin duda, lo que Horacio en la Oda X del Libro III.

Nec tinctus viola pallor amantium.

La palidez amarillenta de los amantes, ó *pallor luteus* á que el mismo Horacio se refiere en el Epodo X, era la que se llamaba color de azafrán, *pallor crocei*.

LIBRO I.—ELEGÍA IX

La Elegía IX, que es la X, según el orden adoptado por Escaligero, ha sufrido algunas modificaciones introducidas por los modernos comentadores, que han coleccionado los M. SS. de Tibulo.

Müller, cuyo texto se distingue por los cambios y trasposiciones que introduce, ha colocado después del verso 68, los 71 y 72, y en seguida los versos 69 y 70. Ni siquiera da en su prefacio la razón de tal cambio, pero sin duda, el texto queda mucho mejor, tal como aparece en el orden tradicional de los M. SS.

Baehrens, como ya antes se dijo, suprimió á esta Elegía los versos 39 al 44, para arreglárselos á la VIII.

Sera tamen tacitis Poena venit pedibus.—Tibulo, como Horacio, al personificar la Pena, imitó á los poetas y escritores griegos, que con harta frecuencia la personificaban.

Esquilo en Agamenón y en las Choéforas, y Sófoles en Antígona, emplean esa imagen, y Luciano en el Duelo, coloca las Penas en el Tártaro, en unión de las Furias.

Lucano, en la Farsalia, Canto VI, 692, dijo también:

Eumenides, Stygiumque nefas, Poenaeque nocentum.

Todos los comentadores, explicando este pasaje, han citado el final de la Oda II del Libro III de Horacio.

Raro antecedentem scelestum
Deseruit pede Poena claudo.

Voss, en su comentario, dice, que las Penas para los romanos, son generalmente las Furias que mandan los dioses ofendidos, como en el Culex de Virgilio, 218. «Et flammam et saevam quatit mihi verbera Poenae,» que otras veces acompañan á la Justicia, como en la Tebaida de Estacio, V, 639, «sed divum sera per aequor Justitia, et Poenae scelerum adventare videntur,» y que algunas veces, *Poenae* es una diosa especial á quien se llama al mismo tiempo que las Furias, como en las Argonáuticas de Valerio Flaco, Libro I, 794.

Tu, nuntia sontum
Virgo Iovi, terras oculis quae prospicis aequis
Ultricesque Deae, Fasque, et grandaeva Furorum
Poenae parens.

In cinerem et liquidas munera vertat aquas.—
Esta maldición era muy usada por los poetas, y expresaba fielmente el deseo de los celosos. Aquiles Es-

tacio, en su comentario de Tibulo, cita la Elegía XVI del Libro II de Propercio, en la cual el poeta expresa el deseo de que se conviertan en tierra y agua todos los presentes con que obsequió á Cintia el pretor, á su vuelta de Iliria.

Sed quascumque tibi vestes, quoscumque smaragdos
Quosve dedit flavo lumine chrysolithos,
Haec videam rapidas in vanum ferre procellas,
Quae tibi terra, velim, quae tibi fiat aqua.

Ipse deus tacito permisit leve ministro.—Este verso ha sufrido diversas variantes, y cada una de ellas ha dado lugar á distintas interpretaciones. Las ediciones Aldinas dicen *lene*, en lugar de *leve*. Muret sugirió *saepe*. Estacio propuso *magistro* por *ministro*. Escalígero leyó *vela*, y Passerat fundó la interpretación con la palabra *lena*, introduciendo en la escena un nuevo personaje.

La lección de Passerat, seguida por autoridades tan respetables como Heyne, Wunderlich y Huschke, es más tolerable que la de Escalígero; pero en verdad, ni una ni otra son satisfactorias. Todo lo que no sea un adverbio como *lene*, *leve* ó *saepe*, cualquiera otra modificación hace difícil la inteligencia del verso.

«¿Qué quiere decir, en efecto, *Ipse deus tacito permisit vela ministro*, como leyó Escalígero?» «Proverbialiter permittere vela, dijo Escalígero, tradere libidini, ac voluntati.» Vulpio lo entendió mejor, cuando

dijo á su vez: «flagitii conscio et adiutori, qui sobrius os obsignatum habebat, ebrietatis opera potestatem loquendi facere.

Heyne y Huschke, dicen con razón, que la interpretación de Escaligero es falsa, pero yo creo que no lo es menos la de Passerat.

Passerat dijo: «Deus ipse permissit, ut lena ebria omne arcanum et crimen puellae effutiret et fido amatoris ministro.»

Independientemente de que el nuevo personaje que Passerat introduce es innecesario, Martínón hace notar que es inaceptable, gramaticalmente, la existencia de un sujeto antes de *ederet*.

Non tibi si pretium Campania terra daretur.—

La Campania, una de las más hermosas provincias del Sur de Italia, tenía las tierras más ricas y feraces, tierras que los antiguos decían, los mismos dioses Baco y Ceres, cultivaban.

Plinio, en el Libro III, IX, 7, hace de ella una hermosa descripción:

«Hinc felix illa Campania est. Ab hoc sinu incipiunt vitiferi colles, et temulentia nobilis succo per omnes terras inclyto, atque (ut veteres dixere) summum Liberi Patris cum Cerere certamen. Hinc Setini et Caecubi protenduntur agri. His iunguntur Falerni, Caleni. Dein consurgunt Masiici, Gaurani, Surrentinique montes.»

Elogiando el mismo Plinio, Libro XVIII, XXIX, 2,

la fertilidad del suelo, agrega: «Et tamen vere segetes, quae interquievere, fundunt rosam odoratiorem sativa: adeo terra non cessat parere? Unde vulgo dictum, Plus apud Campanos unguenti, quam apud caeteros olei fieri.»

Cuando Estrabón habla de la Campania, en el Libro V, Capítulo X, dice: que es el país más feliz que se conozca, porque está rodeado de colinas muy fértiles, de donde sacan los romanos los mejores vinos: el Falerno, el Estatano, el Caleno y el Syrrento.

La riqueza y fertilidad de la Campania, explican suficientemente el pensamiento de Tibulo.

Non, tibi si Bacchi cura, Falernus ager.—El collado de Falerno estaba situado en la Campania. Plinio, Libro XIV, describe el viñedo de Falerno en los siguientes términos: «Falernus ager a ponte Campano laeva patentibus Urbanan coloniam Syllanam nuper Capuae contributam incipit. Faustianus autem circiter quatuor milliaria vico prope Cedias qui vicus a Sinnessa VI millibus abest. Nec ullo in vino maior auctoritas.»

El me nunc nostri Pieridum que pudet.—Las Piéridas son las Musas. Pausanias, en la descripción de la Grecia, Capítulo XXIX, del Libro IX de la Beocia, nos da el origen de esta denominación, y dice: Habiendo venido á Tespia Piero, el Macedonio, que dió su nombre á una montaña de la Macedonia, estableció el culto de las nuevas Musas, y cambió sus nom-

bres por el que llevan hoy, sea porque éste le hubiera parecido mejor, ó porque hubiese sido inspirado por algún oráculo; sea, en fin, porque algún Tracio se lo hubiese enseñado. . . . Algunos pretenden que Piero tenía nueve hijas, á quienes había dado los mismos nombres que á las nueve Musas, y, según ellos, á ellas debían la luz todos aquellos á quienes los Griegos llaman hijos de las Musas.

Cicerón, después de hablar de las varias Musas conocidas, dijo: «De Natura Deorum, Lib. III, XXI, tertiae Piero natae et Antiopa, quas Pieridas, et Pierias solent poetae appellare iisdem nominibus eodemque numero quo proxime superiores.»

Estrabón, en el Libro IX de su Geografía, hablando del Helicon, explica de diversa manera el origen de este nombre dado á las Musas.

«Sobre el collado de Helicon, dice, se encuentra un lugar consagrado á las Musas, un antro de las Ninfas Libetridas, una fuente del Caballo. Así, pues, según toda apariencia, los que consagraron el Helicon á las Musas, eran una tribu de los Tracios llamados *Pieres*, quienes dedicaron á las mismas deidades, la Piérida, el monte Libreto y la Fuente de Pimplea, lugares que, por la destrucción de los *Pieres*, los Macedonios poseen hoy.

Las Musas eran hijas de Urano; pero, según Mimnermo, poeta elegíaco, citado por Pausanias, autor del poema de los Esmirnos contra Giges y los Lidios, las

Musas más antiguas eran las hijas de Urano; pero había otras más nuevas que eran hijas de Júpiter.

Las Musas fueron siempre dignas de respeto; pero nunca se ha hecho de ellas mejor elogio que el que el Amor les consagra en su Diálogo con Venus (Diálogos de los Dioses, de Luciano XIX). ¿Por qué las Musas, pregunta Venus, no han sido heridas por tus flechas? Y el Amor contesta: «Madre mía, yo las respeto. Son tan venerables. Su espíritu siempre se ocupa en pensamientos profundos.»

Illam velim rapida Vulcanus carmina flamma torreat.—Vulcano manda que se abrasen en sus llamas aquellos malos versos, porque ese es el destino que deben de tener. Catulo, en el epigrama contra los Anales de Volusio, dice: que su amada había ofrecido entregar á las llamas de Vulcano las obras del más malo de los poetas:

Nam sanctae Veneri, Cupidinique
Vovit, si tibi restitutus essem,
Desissemque truces vibrare iambos
Electissima pessimi poetae
Scripta tardipedí deo daturam
Infelicibus ustulanda lignis.

Encontramos en Juvenal expresada también la misma idea, porque es Vulcano el marido de Venus:

et quae
Componis, dona Veneris, Telesine, marito.

Se acerca más al pensamiento de Tibulo lo que dijo Horacio en la Oda XVI, del Libro I, porque sus yambos, ó deben ser arrojados á las llamas ó al Adriático, como los versos de Tibulo que habrían de ser arrojados al río, ó abrasados por las llamas:

O matre pulchra filia pulchrior,
Quem criminosis cumque voles modum
Pones iambis, sive flamma,
Sive mari libet Hadriano.

Dum rota Luciferi provocet orta diem.—El poeta se refiere, sin duda, á la estrella de Venus ó matutina, cuya aparición anuncia la llegada del día. Ciceron de Natura Deorum, Libro II, XX, dijo: «Infima est quinque errantium, terraeque proxima, stella Veneris quae, Graece, *φωσφόρος* Lucifer Latine dicitur, cum antegreditur solem, cum subsequitur autem Hesperos.»

Refiriéndose precisamente á la estrella de la mañana, ha dicho Manilio, en el Libro I, 170, de sus Astronómicas:

Nec matutinis fulgeret Lucifer horis
Hesperos emenso dederat qui lumen Olimpo.

Juvenal, para expresar también la misma idea, se refiere en la Sátira VIII, 11, al orto de Lucifer:

Si dormiri incipis ortu
Luciferi, quo signa duces et castra movebant?

Llama la atención de los comentadores, sobre todo de Wunderlich, que Tibulo hubiera dicho «*rota Luciferi orta*,» imagen nunca empleada por los poetas latinos cuando se habla de estrellas, porque no se supone que, como la Aurora, el Sol ó la Luna, tengan carro. ¿Tibulo quiso referirse al carro mismo del Sol, repitiendo la imagen ya expresada en el final de la Elegía III? No parece lo probable; en un caso es la Aurora la que anuncia el día, y en el otro es la misma estrella Lucifer.

Dousa hijo (Iani Dousae filii in Librum I. Albii Tibulli Coniectanea et Notae), Capítulo III, al estudiar este pasaje, cree que el poeta se refiere á la carroza de Lucifer, aunque también concede que ha podido hacer alusión al cuerpo redondo de la estrella matutina.

Voss se inclina á esta opinión, porque *rota* es círculo ó curso circular, como puede verse en numerosos ejemplos: en Virgilio (Geórgicas IV, 484), cuando habla de la rotación de la rueda de Ixión, «*atque Ixionii vento rota constitit orbis*,» y en Claudiano, Rapto de Proserpina, Libro II, cuando dice: «*Non rota suspensum praeceps Ixiona torquet*.

Comentando el verso de las Geórgicas que acabamos de citar, Conington dice: «Or we may take «*orbis*» for the wheel and suppose after Heyne, that «*rota*» is put for the rotation.»

Fixa notet casus aurea palma meos.—Martinón

hace notar, que aunque todos los M. SS. dicen *palma*, todos los Comentadores le dan el sentido de *parma*. Por eso yo he traducido en *aureo escudo grabaré*. La opinión de los comentadores es muy explicable, ella toma su origen en la costumbre de colocar estos escudos votivos en los templos.

Horacio nos enseña que los que habían escapado de un naufragio colocaban en el templo de Neptuno una tabla votiva en recuerdo de su salvación.

En la Oda V del Libro I, dijo:

Me tabula sacer
Votiva paries indicat uvida.

El mismo Tibulo, en la Elegía III del Libro I, nos hace ver que en los templos consagrados á Isis se adornaban los muros con cuadros votivos, que recordaban los beneficios que la diosa habla hecho á los enfermos que á ella habían acudido:

Nunc deo, nunc succurre mihi; nam posse mederi
Picta docet templis multa tabella tuis.

En la Sátira XII, 26, dice Juvenal que hay cuadros votivos en todos los templos para atestiguar la crueldad del Destino, y se pregunta: ¿quién ignora que Isis mantiene á nuestros pintores?

Pars dira quidem sed cognita multis,
Et quam votiva testantur fana tabella
Plurima. Pictores quis nescit ab Iside pasci?

Horacio, además, nos dice en la Oda XXVI, del Libro III, que va al templo de Venus para colocar á la izquierda de la diosa las armas y la lira que ya no le son útiles:

Nunc arma, defunctumque bello
Barbiton hic paries habebit,
Laevum marinae qui Veneris latus
Custodit.

LIBRO I.—ELEGÍA X.

La Elegía X es también de las muy pocas que han escapado á las trasposiciones que Escaligero y Müller les han hecho sufrir. Según el texto de Escaligero, esta Elegía es la XI.

Todos los comentadores han considerado esta Elegía como la primera de Tibulo. Parece, cuando menos probable, que el poeta la escribió antes de aventurarse á los primeros combates. El tono general de la composición, la condenación que de la guerra hace, y la complacencia con que á sus horrores contrapone

las dulzuras de la Paz, demuestran que su autor no habla tomado parte aún en ninguna expedición guerrera.

Faginus astabal cum scyphus ante dapes.—Macrobio, en el Libro V, Capítulo XXI de las Saturnales, al hablar de las distintas clases de copas y vasos que usaban los antiguos, nos explica lo que era *scyphus*. El *scyphus*, dice, es la copa de Hércules, como el *cantharus* es la del padre Liber. Los escultores antiguos, no sin razón pintaron á Hércules, con una copa, y algunas veces bamboleándose y ebrio. Según lo refieren antiguas historias, Hércules, llevado por los vientos, atravesó los mares inmensos en una copa, como si fuese en una barca. Más adelante agrega: «Ferecidas y Paniasis, éste último egregio escritor griego, dicen que Hércules cruzó los mares en una copa, para ir á Eritea, isla de la España. No cito sus palabras, porque considero esto más como una leyenda que como una historia. Yo presumo, sin embargo, que Hércules atravesó los mares, no en una copa, sino en un barco, cuyo nombre era *scyphus*.»

Las copas de haya de que habla Tibulo, fueron usadas por los hombres primitivos, cuando llevaban la vida pastoril.

Virgilio, en la Égloga III, 36, dijo:

pocula ponam

Fagina.

Wagner compara este pasaje de Tibulo, con el de Virgilio y con el de Ovidio, Metamorfosis, Libro VIII, 669, «*fabricataque fago pocula.*»

Hostiaque e plena rustica porcus hara.—Era costumbre entre los romanos ofrecer á los Lares, no sólo incienso y coronas de flores, sino sacrificarles mensual ó anualmente puercos, para que dichos dioses les fueran propicios.

Horacio, en la Sátira III del Libro II, dijo:

Non est periurus neque sordidus; innolet aquis
Hic porcum Laribus.

En la Oda XXIII del Libro III, se expresó en estos términos:

Si thure placaris et horna
Fruge Lares avidaque porca.

En los Menecmos, una de las Comedias de Plauto, Menecmo Sosicles, pregunta á Cilindro cuál es el precio que tienen los puercos que se destinan á los sacrificios, y en seguida Cilindro le propone que se procure uno pequeño para sacrificarlo.

Á propósito de este pasaje, Martínón dice en sus Comentarios lo siguiente: «Tales el texto de los M. SS., que á lo que parece implica probablemente una corta laguna: los eruditos italianos no han dejado de llenarla. Algunos editores, sin embargo, no quieren que la haya. Los unos, aceptan la lección «*Hostia erit ple-*

na,» en la cual, el ablativo sin preposición, es poco correcto. Los otros (Haupt) conservan el texto, y subentienden aparentemente, *depellat* al lado de *hostia*, sintáxis muy difícil de aceptar. Por otra parte, es poco probable que se tratase de un sacrificio propiciatorio, y más bien debe creerse, que Tibulo promete aquí á sus Lares, una víctima excepcional, si escapa á los peligros de la expedición.

Las citas de Horacio que acabamos de hacer, demuestran, sin dejar lugar á duda alguna, que Tibulo no ofrecía una víctima excepcional, sino la que ordinariamente se daba á los Lares en los sacrificios propiciatorios.

Por otra parte, Mr. Martinón no ha debido poner en olvido que, «*hostia*» es la víctima ofrecida en los sacrificios propiciatorios para pedir la victoria contra los enemigos, á diferencia de «*victima*,» que era siempre la sacrificada en acción de gracias.

Ovidio, en los Fastos, Libro I, dijo:

Hostibus a dominis hostia nomen habes.

Además, Festo dijo, que propiamente se llama «*hostia*» «*sacrificum quod Laribus immolabatur, eo quod hostes ab illis arceri putabant unde et ipse Lares hortoli dicti sunt.*»

Los puercos eran sacrificados comunmente en honor de los Lares; pero además en honor de Ceres, como lo enseña Ovidio, en los Fastos, Libro I, 349, cuan-

do dice: «*Prima Ceres avidae gavis est sanguine porcae,*» en honor de Marte, como se ve en las Atelanas de Pomponio, citadas por Macrobio en las Saturnales, Libro VI, Capítulo IX. «*Mars, tibi voveo facturum si unquam rediero, bidente verre,*» y en honor de Juno, como se ve también en la Oda XIII del Libro III de los Amores, donde Ovidio dijo:

Et minor ex humili victima porcus hara.

Cuando la puerca que se inmolaba á Ceres era sacrificada antes de que se recogieran los nuevos frutos, era llamada, según Aulo Gelio, Noches Áticas, Libro IV, Capítulo VI, *porca praecedanea*, porque la víctima ofrecida la víspera de los sacrificios solemnes, se llamaba *hostia praecedanea*.

Vincta geram myrto vinctus et ipse caput.—Plinio nos enseña, que el mirto era una planta consagrada á Venus (Historia Natural, XII, 3), ya porque esta diosa preside los matrimonios, ó ya debido á que los romanos y los sabinos, antes de combatir á causa del rapto de las Sabinas, se purificaron con ramas de mirto en el lugar donde se hallaban las estatuas de la Venus Claucina. (Libro XV, 36).

Por eso Virgilio dijo en la Égloga VII: el álamo es grato á Alcides, la vid á Baco, el mirto á la hermosa Venus, y el laurel á Apolo.

Populus Alcidae gratissima, vitis Iaccho,
Formosae myrtus Veneri, sua laurea Phoebo:

Aulo Gelio, en las Noches Áticas, Libro V, Capítulo VI, al hablar de las diversas especies de coronas, nos dice, que la de la ovación se hacía de mirto. «Ovalis corona myrtea est.» Esta corona se ofrecía al vencedor, que no mereciendo el triunfo, porque la guerra no había sido declarada de acuerdo con las formas acostumbradas, ó porque el enemigo era de especie vil y degradada, se hacía tan sólo acreedor á la ovación. Para explicar esto, dice Aulo Gelio: «Cui facilitati aptam esse Veneris frondem crediderunt, quod non Martius, sed quasi Venerius quidam triumphus foret.»

Tíbulo nos hace ver en esta Elegía, que el mirto estaba también consagrado á los dioses Lares, tanto porque se les adornaba con él, como porque lo ceñían á sus cabezas los que sacrificaban la víctima en su presencia.

Cerberus et Stygiae navita turpis aquae.—El barquero de la laguna Estigia era Carón, hijo de la Noche y del Erebo, cuya tarea consistía en pasar en su barca las almas de los muertos. Carón, según los poetas, tiene un aspecto temible y espantoso, es un anciano de barba espesa é inculta, de cuyos ojos brotan llamas, y de cuyos hombros cuelga, sostenido por un nudo, un sucio manto. Esta es la pintura que de Carón hace Virgilio, en el Libro VI, 298, de la Eneida.

Portitor has horrendus aquas et flumina servat
Terribili squalore Charon; cui plurima mento

Canities inculta iacet; stant lumina flamma;
Sordidus ex humeris nodo dependet amictus:

Carón es, además, un viejo avaro, que no hace nada sin que previamente se le pague, y esto explica la costumbre de poner algunas monedas en la boca de los muertos.

Apuleyo, en el Libro VI de las Metamorfosis, cuando habla de los amores de Psiquis y Cupido, dice que Carón no pasa á la otra orilla las almas de los muertos, sino cuando le han pagado, y exclama: «Ergo et inter mortuos avaritia vivit. Nec Charon ille, Ditis et pater, tantus deus, quidquam gratuito facit; et pauper moriens viaticum debet quaerere; et aes si forte prae manu non fuerit nemo eum expirare patietur?»

Los críticos más notables que han estudiado la mitología greco-latina, ven en la Estigia, hija del Océano, la personificación de la fuente de que hablan Herodoto y Pausanias, que existía en la Arcadia, cerca de Nonacris, y cuyas aguas brotaban de una roca, en un abismo rodeado de murallas. Herodoto dice que los habitantes de la Arcadia, cuando querían prestar un juramento solemne, lo hacían por las aguas de la Estigia. (Libro VI, Capítulo 74).

Estrabón, en el Libro VIII, Capítulo IX, nos ha hablado también de la fuente Estigia, y dice que su agua es pernicioso, que cae gota á gota, y que se le considera como sagrada.